

EXAMEN FILOSOFICO

SOBRE LAS

RELACIONES

DEL ORDEN NATURAL Y EL SOBRENATURAL,

YA ENTRE SI, YA CON LA PERFECCION INTELECTUAL, MORAL
Y SOCIAL DE LA ESPECIE HUMANA.

PARTE SEGUNDA.

Necesidad de que concurren la naturaleza y la gracia en la marcha de la conducta, para realizar el último fin del hombre.

Tom. II.—1.

INTRODUCCION.

L poder moral puede considerarse como la suma de las fuerzas con que cuenta el hombre para llegar á su último fin. Este último fin complica la vocacion divina y la tendencia humana, esto es, presupone que Dios ha querido hacernos para él, y que nuestra naturaleza toda está dispuesta para llegar á la posesion de Dios. Estas dos verdades resultan, como una consecuencia precisa, de la indagacion que hacemos de nuestros destinos con el estudio mismo de nuestra naturaleza. Espirituales é inmortales en el principio interior que anima nuestro ser, inteligentes y libres en el movimiento vário de nuestra conducta, dominados empero por las inclinaciones al bien y el sentimiento de la felicidad, disgustados constantemente por los límites de los bienes transitorios que se disfrutan en la tierra, experimentando sin cesar una preponderancia indefinida de nuestros deseos sobre nuestros goces, sorprendiendo un rasgo de lo infinito en la inmensidad de nuestro coraz on inclinados por nuestros instintos, estimulados por nuestra conciencia, y arrastrados por nuestro pensamiento á discurrir sobre la gran cuestion de la felicidad relativamente á nosotros, llegamos por último, sin otra guia que la razon, á descubrir, que no habiendo sentimiento sin objeto, ni objeto entre todo lo creado capaz de satisfacer á las inspiraciones del alma, nuestro fin está mas allá de la tierra, y la felicidad á que somos llamados por nuestra misma naturaleza, está colocada fuera del cómputo del tiempo.

Nuestro fin es Dios: ¡verdad sublime y consoladora que puede considerarse como la mas grandiosa conquista que ha hecho la humanidad en los debates de la filosofia! Dámosla por supuesta, por ser un punto generalmente conveni-

do entre los que profesan la verdad teológica; por ser una demostracion que cada uno sabe darse á sí mismo; por ser un descubrimiento que hacen en su propio corazon cuantos no quieren renunciar á las nobles y dulces propensiones de la naturaleza. Hai mas, su demostracion viene á figurar como la última consecuencia de las verdades metafísicas, para servir á su turno de primer principio á las ciencias morales. Bajo este respecto hemos discutido ya en otra parte¹ la célebre y antigua cuestion del fin del hombre, y por lo mismo no hallamos inconveniente alguno en sentar esta verdad como principio, cuando vamos á discutir sobre el carácter, los límites y las exigencias del poder moral entre los hombres. Todo en la existencia humana corresponde perfectamente á los principios que constituyen la naturaleza del hombre, al vário desenvolvimiento de sus facultades, al vasto sistema de sus relaciones y á la condicion eterna de sus últimos destinos. ¿Por qué se avergonzaria el filósofo de seguir estas escalas progresivas en el estudio del hombre moral y social! ¿De dónde ese prurito de truncar una materia para no invadir una forma! ¿Por qué fraccionar al hombre cuando se trata de hallar la última expresion de su poder moral! ¿Por ventura es necesario violentar la filosofía para discurrir sobre todo lo que no es material y terreno! ¿Por ventura la fe, sin cambiar de naturaleza, no fecunda la razon dilatándole mas y mas los horizontes, sin obligarla por esto á cubrir de continuo sus ojos con el velo sagrado, que solo ha querido tenderle cuando se trata de los misterios y la esencia de los dogmas revelados! No; la razon católica y la razon genética son siempre razon; pero con esta diferencia, que la primera es mas universal en su objeto, mas fecunda en su accion, mas segura en sus resultados, y mas demostrativa en su conjunto. Bien concebimos cómo los antiguos pirrónicos pudieron crear el escepticismo; pero nos es imposible comprender cómo la filosofía puramente racionalista podria desalojar ni un solo palmo á la filosofía católica del inmenso terreno que ha conquistado con la doble luz de la inteligencia y de la fe. Valgan estas indicaciones para volver sin inconveniente alguno de parte de los filósofos á nuestro asunto.

Conocido el último fin, este constituye para todo buen filósofo el centro universal que debe fijar el sistema de nues-

¹ En la obra precedente, intitulada: *Estudios fundamentales sobre el hombre, considerado bajo el triple aspecto de la religion, de la moral y de las leyes*. Libro tercero.

tras facultades físicas, intelectuales y morales. No hai medio, ó entenderlo así, ó negar este fin, ó desnaturalizarle. En este punto los filósofos son consiguientes. Los que quieren reducir nuestras facultades al círculo de la naturaleza, comienzan por aniquilar á Dios; porque una vez admitido, no hallan medio entre reconocerle por último fin, ó descender á la demencia. Los que han querido reducir nuestros deseos al goce de los placeres puramente físicos, han destruido el espiritualismo y hecho salir de los diccionarios la palabra *inmortalidad*; porque de otra suerte su inconsecuencia seria inconcebible, pues no reconocerian el espíritu sino para introducir un cisma perdurable entre las facultades del hombre y sus respectivos objetos. Reconocida la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, las relaciones entre Dios y nosotros y el verdadero carácter de nuestro último fin, no necesitamos por cierto de la revelacion para establecer, como la primera consecuencia lógica de esta verdad, que á ese fin deben dirigirse, como á su centro, todas nuestras facultades físicas, intelectuales y morales.

¿Qué decir pues de los diversos objetos que en el órden del tiempo y en el teatro del mundo van teniendo á su turno así el pensamiento como la accion del hombre? que deben figurar como ramificaciones de un tronco, como los órdenes subalternos de un órden general, como la progresion del punto de una recta pedida; y para hablar sin frases, como los medios diversos de que podemos servirnos para conseguir nuestro fin. Infiérese de aquí, que todo el sistema de las acciones humanas no puede marchar al último fin sino caminando sin extravío sobre una recta, y por tanto, que toda separacion ó extravío de esta línea, por donde deben caminar todas nuestras facultades en su desarrollo, es un contraprinipio en la ciencia, es un contrasentido en la conducta.

Nadie tiene derecho de hacer el mal. Luego nadie tiene derecho de extraviar la conducta moral y social del hombre, y por tanto, la felicidad temporal no puede, bajo ningun aspecto, por ningun poder, ni lógica, ni moral, ni individual, ni social, ni políticamente hablando, hallarse en legítima oposicion con la felicidad eterna. Luego cualquiera doctrina, cualquiera legislacion, cualquier poder que se desarrolle en el sentido de semejante oposicion, es un atentado directo contra los intereses y los derechos de toda la humanidad.

¿Qué medios pues para impedir un trastorno de esta naturaleza! Uno hai para la ciencia, otro para la conducta. Para la ciencia reasumir en las leyes los hechos y sus relaciones, y en la primera lei de la humanidad todo el sistema

de la legislación humana; fundar en el Derecho universal, promulgado por Dios, todas las leyes que rigen entre los hombres, y unir en la exposición de la Jurisprudencia universal el Derecho natural con el positivo divino. Todo esto constituye la materia que hemos tratado en la primera parte de este opúsculo.

El medio de evitar el desconcierto mencionado en cuanto al sistema de la conducta, es el de referir todas las acciones, en su diversa gerarquía, á nuestro último fin, ó lo que es lo mismo, reconocer este último fin como la primera basa de todos los principios que deben regir la conducta del hombre bajo el triple aspecto del individualismo, de la sociedad y de la religión.

A este fin nos dirigimos todos con el doble elemento de la razón y de la libertad; porque siempre será cierto que necesita cada uno, para llegar á un punto determinado, saber el camino y andarle. Para saberle basta la ciencia, para andarle se necesita el poder en la libertad. ¿Qué es el poder en la libertad? La acción de los medios sobre la facultad de elegir, á fin de elegir lo bueno en concurso de lo malo, lo mejor en la escala de lo bueno.

¿Cuáles son las fuerzas con que el hombre cuenta para rectificar el uso é impedir el abuso de su libertad en la prosecucion del bien? Desde luego se nos presentan las fuerzas de la naturaleza. ¿Pero las fuerzas de la naturaleza en favor del buen uso se extienden tanto como la potencia del albedrío en el teatro del uso y del abuso? He aquí una cuestion de la primera importancia. La mas sencilla observacion acerca de nosotros mismos basta para revelarnos el carácter limitado de nuestras facultades puramente materiales. La cuestion, pues, de que se trata, puede formularse en la siguiente. ¿Cuáles son los límites naturales del poder moral del hombre? Nosotros la trataremos en el lugar que le corresponda, segun el orden con que hemos propuesto las ideas.

Si las facultades son limitadas, y en su comparacion con la libertad son impotentes por sí para frustrar sus abusos, debe reconocerse como un hecho y una deducion filosófica, que la naturaleza humana por sí sola es incapaz de realizar los destinos del hombre. Luego hai en el hombre necesidades de otro orden, necesidades sobrenaturales. Demostrarlas es hallar el complemento del poder moral. Este complemento figura en la categoría de la gracia: luego la demostracion que precede nos dará una demostracion filosófica de que la consecucion del último fin presupone el concu-

so de la naturaleza con la gracia en el desarrollo del poder moral sobre la conducta.

Sin entrar en pormenores acerca de los objetos diversos que deben servirnos de prueba, diremos lo suficiente para que nuestra demostracion, conservando siempre su carácter general, no carezca de ninguna cosa necesaria para que figure como principio la verdad que en ella se contiene. Mas á fin de que nuestros lectores puedan seguir con mayor provecho toda la serie de pruebas que vamos á desenvolver, presentaremos ántes el plan de nuestra demostracion.

La verdad tiene un objeto, y en último resultado un objeto práctico. He aquí por qué todo lo especulativo puede muy bien figurar en concreto cuando del orden de las ideas hai que pasar al sistema de la conducta. Infiérese de aquí, que las verdades demostradas en la primera parte de este opúsculo, pueden, sin inconveniente alguno, servirnos de premisas para dar una prueba general de la verdad que nos proponemos: porque, así se tiene la inteligencia respecto de la fe tratándose de lo que pasa en el pensamiento, como la naturaleza respecto de la gracia en cuanto se refiere al sistema de la conducta.

De esta prueba genérica podremos descender por la escala de un conveniente análisis al exámen razonado del poder moral del hombre, considerado en el orden paramente natural. Nuestra primera idea será, por lo mismo, fijar con exactitud el verdadero estado de la cuestion, para distribuir con método la materia.

El poder moral del hombre se resuelve en los motivos que le determinan, en los elementos con que cuenta, y en las fuerzas con que obra. Los motivos generales de nuestras acciones, los elementos morales de nuestra conducta, las fuerzas con que la naturaleza combina los elementos y la direccion que debe dar el hombre al empleo de sus fuerzas en el sentido de su último fin; tal será el tercer paso que demos en este exámen.

Dado este paso, procuraremos apreciar el orden físico, el intelectual y el moral, primero, en cuanto pueden servir de motivos á nuestra accion; segundo, en cuanto pueden figurar como elementos morales.

En seguida procederemos á considerar estos motivos y elementos bajo el doble aspecto de su combinacion moral en el sentido del bien, y de su degeneracion moral en el sentido del mal; esto quiere decir que aquí deben tener ya su turno las virtudes y los vicios.

El resultado de esta investigacion nos manifestará que las

virtudes representan la pureza de los motivos, el concierto de los elementos y la buena direccion de las fuerzas morales; mientras que los vicios representan las mismas cosas en un sentido contrario. Para estimar pues debidamente el poder moral del hombre en la esfera de su accion simplemente natural, debemos resolver ántes esta cuestion: ¿en qué razon está este poder para neutralizar el influjo nocivo de las pasiones y combinar los elementos morales del modo que lo exigen la formacion, incremento y permanencia de las virtudes?

Para tratar esta cuestion, es necesario formarnos ántes ideas claras y precisas de la virtud. Analizando esta nocion, obtendremos el siguiente resultado. El producto mas feliz del poder simplemente humano es la virtud natural, ó si se quiere, la educacion filosófica del corazon humano. Pero, ¿esta virtud natural es lo que basta para que se realice por último el verdadero fin del hombre? He aquí una cuestion de la primera importancia, que se presenta por sí en este lugar, y cuya solucion debe preparar la idea mas perfecta sobre los límites naturales del poder moral.

Limitado este poder en su mayor extension á las virtudes simplemente naturales, y no siendo estas lo que basta para llenar los deberes en cuyo fiel cumplimiento está cifrada la consecucion de nuestro último fin, la necesidad de otro poder, esto es, de un poder sobrenatural, es un hecho de la mas forzosa consecuencia.

Este poder se llama *gracia*. Su existencia y su necesidad filosóficamente descubiertas en el análisis de las virtudes, nos darán la prueba mas terminante de que concurren la naturaleza con la gracia en el sistema de nuestra conducta moral.

Pero ¿qué! siendo tan ilimitada la esfera de accion que tiene la gracia, ¿no basta ella por sí sola, de manera que excuse absolutamente la accion de la naturaleza? Esta cuestion teológica en el fondo, no puede tratarse aquí, rigurosamente hablando, sino bajo solo un aspecto, conviene á saber, el que puede recibir de las condiciones morales de la naturaleza humana. En efecto, siendo el hombre un ser moral, esto es, un ser libre, debe ameritarse por el buen uso de su libertad, por lo mismo que puede degradarse y perderse por el abuso de ella. En este sentido la gracia no tiene mas oficio que perfeccionar, fecundar, sostener y ayudar á la naturaleza: de otro modo sufriría un trastorno absoluto el órden moral. Es pues consiguiente á estas verdades, que la gracia, aunque infinita en su origen y en su esencia,

obra con cierta limitacion, puesto que deja siempre expedita la accion de la libertad.

Considerando las cosas bajo este punto de vista, dilucidaremos esta materia, exponiendo, sin abandonar el método filosófico, el modo con que concurren la gracia y la naturaleza en la accion regularizada y regularizadora del poder moral; hablaremos en seguida de los efectos de este concurso en la extincion de los vicios y en la formacion de las virtudes, y concluiremos mostrando las escalas progresivas de perfeccion que bajo este doble influjo recorren el individuo, la familia y la sociedad.

Finalmente, despues de haber desarrollado todo nuestro plan, tal cual acabamos de presentarle, consignaremos un capítulo al resumen definitivo de todo lo contenido en este opúsculo, á fin de preparar de antemano las aplicaciones que pueden tener al sistema de nuestros deberes todos los principios de la filosofía comparada, esto es, de la filosofía católica.

CAPITULO I.

EL FIN DEL HOMBRE DEBE SER CONSIDERADO COMO EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LAS CIENCIAS MORALES.

Hemos demostrado en otra parte que todas las cosas tienen un fin, porque sin este ninguna existencia es concebible; que este fin se deduce del conocimiento de la naturaleza de las cosas mismas; porque llamándose fin aquello para que las cosas han sido hechas, ningun medio mas á propósito para conocerle que la indagacion de cómo han sido hechas. Hemos manifestado tambien que el hombre, ser inteligente y moral, ha nacido para un fin, que este fin, deducido del conocimiento de su misma naturaleza, consiste en la posesion de una felicidad pura, suma é inmortal, y que no pudiendo hallarse fuera de Dios una felicidad semejante, al paso que se encuentra perfectamente en Dios, la lógica mas estrecha nos conduce á reconocer que Dios es el fin del hombre.¹

Tambien hemos hecho ver que entre el nacimiento y la muerte, considerados como dos puntos, no cabe mas que una

¹ Esta demostracion es el objeto del libro tercero de nuestros *Estudios fundamentales sobre el hombre*.